

# PAZ EN COLOMBIA

A la espera de un nuevo amanecer



**E**L 26 de septiembre, ante un número importante de líderes mundiales, ante cientos de miles de testigos que siguieron el acto a través de los medios de comunicación y de Internet y, sobre todo, ante el pueblo colombiano, el Presidente Juan Manuel Santos y el comandante de las FARC-EP, Rodrigo Londoño Echeverri, firmaron en Cartagena de Indias los acuerdos que pondrían fin a una guerra de 52 años.

Para comprender la magnitud de esta nueva página en la historia de Colombia, conviene dar una mirada, aunque sea a vuelo de pájaro, sobre lo que han sido más de cincuenta años de mucho sufrimiento, como recordó el Pre-

sidente Santos citando la letra del himno nacional:

«¡Oh gloria inmarcesible!  
¡Oh júbilo inmortal!  
¡En surcos de dolores  
El bien germina ya!».

## ORIGEN Y EVOLUCIÓN DEL CONFLICTO

Solo podemos ofrecer aquí algunas pinceladas del origen y evolución del conflicto con las FARC-EP (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo). La mañana del 9 de abril de 1948 en Bogotá, la capital de Colombia, caía asesinado el líder del partido liberal Jorge Eliécer Gaitán. Un hombre de pueblo que se

había ganado la aceptación de las gentes sencillas y la antipatía de un sector importante de las élites del país, incluso de su mismo partido. Ese día marcó un antes y un después en la fisonomía de Colombia. Ese día empezó la primera oleada de violencia, esta vez partidista, que llenó de sangre los campos de la nación.

La respuesta política no se hizo esperar. Los líderes de los dos partidos existentes, el liberal y el conservador, firmaron el acuerdo del Frente Nacional, con el que se ponía fin a la guerra partidista mediante la distribución alternativa del poder por dieciséis años. Y así fue, los dos partidos gobernaron al país desde 1958 hasta 1974.

*Es la hora de la grandeza  
y la generosidad para  
extender las manos y  
ofrecer el perdón.*

Entre tanto, en las montañas y los campos de Colombia, un grupo de campesinos que estaba, quizá, lejos de las pugnas partidistas, se organizaba para reivindicar unas políticas agrarias que permitiesen un desarrollo con justicia para ellos y sus familias. Colombia, un país eminentemente agrícola, tenía sus campos y a sus pobladores abandonados.

Sus voces fueron silenciadas a sangre y fuego en Marquetalia, un pequeño municipio de Caldas en la región cafetera colombiana. Este suceso, con permiso de los historiadores, fue el detonante para la creación, por parte de Manuel Marulanda Vélez, de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia – Ejército del Pueblo (FARC-EP) con quienes el pasado mes de septiembre se firmaron los Acuerdos de Paz. Corría el año 1964...

La década de los 80 –disculpá el salto– marca un cambio de ruta y de orientación. Las reivindicaciones, originariamente campesinas, no son inmunes al influjo de uno de los actores más violentos del conflicto colombiano, el narcotráfico. Los señores de la droga lograron permear casi todas las estructuras sociales del país y su sombra de muerte se extendió por toda la geografía. La guerrilla de las FARC-EP, que empezó su relación con los carteles de la droga ofreciéndoles seguridad a sus campos de cultivo y a sus pistas de aterrizaje clandestinas, no tardó en convertirse en relación comercial hasta desembocar en la llamada narcoguerrilla, cuando las FARC se hicieron con el negocio de las drogas ilícitas.

Un capítulo aparte, que no hay lugar para desarrollarlo, correspondería a la aparición de los Paramilitares que, sin lugar a dudas, incrementó el ambiente de zozobra en muchas regiones del país.

En este clima de confrontación se escribe la página de las conversaciones en La Habana.

**LO QUE PUDO SER Y, POR AHORA, NO ES**

Tras cuatro años de idas y venidas, de apoyos y resistencias, de

tación no se pueden borrar de un plumazo, pues son muchas las aristas y los entresijos de la historia de este conflicto. Ante el sinnúmero de temas y vetas de negociación, la delimitación de la agenda ha sido un factor determinante para encauzar el trabajo de los equipos negociadores.

El *enfoque territorial* de los acuerdos es quizá la clave más importante de cara a la resolución originaria del conflicto: la causa campesina y las políticas agrarias. Lejos



El presidente de Colombia y el líder de las FARC firmaron los Acuerdos de Paz en La Habana.

sombras y de luces se firmaron los acuerdos de La Habana. Pero, como ha sido ampliamente informado, fueron rechazados por el pueblo colombiano en el plebiscito celebrado el 2 de octubre, al contabilizar el «No» el 50,23% de los votos.

Para entender lo que se está viviendo en este momento en Colombia puede resultar importante conocer, aunque sea someramente, los acuerdos que se rechazaron.

¿Por qué estos acuerdos han llegado más lejos que los anteriores? Se pueden señalar algunas claves.

*La negociación de la agenda.* Cincuenta y dos años de confron-

del afán centralista que acusan muchos estados, estos acuerdos ponen su acento en las periferias, en las regiones que más sufrieron el abandono del Estado convirtiéndose en un humus propicio para la insurrección. La que ayer fue la Colombia olvidada, gracias a la paz, puede ser uno de los lugares desde donde surja una nueva patria construida sobre las bases del desarrollo con justicia.

La tercera clave es la asunción del *enfoque de la justicia transicional* que, como dijo el pasado agosto en La Habana el jefe del equipo negociador del gobierno, →

*No dejemos que nos secuestran la ilusión y nos roben la utopía. El mañana de paz lo construiremos todos.*

Humberto De La Calle, no es la prima pequeña de la justicia. Este enfoque, con sus cuatro momentos estratégicos, ayudaría de manera particular en la gestión de los temas relacionados con las víctimas que conforman el capítulo quinto de los acuerdos.

La apuesta por la paz no puede ser ingenua, requiere mecanismos que la doten de una estructura sólida, de modo que no quede al albur de los actores estratégicos de turno. El trabajo por esclarecer la verdad, el esfuerzo transparente por la búsqueda de la justicia, la humildad y el valor para reparar a las víctimas y la honestidad para garantizar la no repetición son, sin duda, elementos determinantes para que la paz firmada sea duradera y sostenible.

### EL CUERPO DE LOS ACUERDOS

Su largo texto, 297 páginas, está dividido en dos partes: la primera, en la que se desarrollan sus seis capítulos y, la segunda, que contiene los protocolos y los anexos necesarios para su implementación.

El primer capítulo, *hacia un nuevo campo: reforma rural integral*, recoge las propuestas que harán posible la generación de políticas públicas que favorezcan el desarrollo rural. Desde la distribución y restitución de tierras hasta la asesoría técnica, se propone un nuevo marco de convivencia para este sector tan importante de la nación.

El segundo capítulo está dedicado a *la participación política y a la apertura democrática para construir*

*la paz*. Responde al viejo anhelo de aquel grupo de campesinos de tener espacios en el escenario político. La posibilidad de formar un partido político, como en su momento lo hiciera el M-19, les permitiría entrar en el debate de las ideas y cambiar las balas por los votos.

El tercer capítulo, con el escueto nombre de *fin del conflicto*, desarrolla todo lo relacionado con la dejación de armas, la creación de las zonas transitorias de normalización y las asignaciones económicas necesarias para garantizar la reinserción de los combatientes a la vida civil. En esta parte también se establecen las medidas de seguridad para quienes conformen el partido político y se demanda el compromiso del Estado para evitar la acción de los llamados grupos paramilitares.

*La solución al problema de las drogas ilícitas y la sustitución de cultivos* son los temas del cuarto capítulo. El compromiso que se le pide a la guerrilla es el abandono de este negocio y una implicación verdadera en la tarea de sustitución de cultivos. De una acertada solución al problema del narcotráfico dependerá el éxito de los acuerdos pues el negocio de la droga es la gasolina de la guerra.

Un capítulo importante es el que tiene que ver con el *acuerdo sobre las víctimas del conflicto* a partir de la justicia transicional. Un punto ciertamente álgido y sensible para la ciudadanía por el temor a la impunidad que dejaría sin castigo a los autores de crímenes de lesa humanidad o que le otorgue carta de ciudadanía a quienes se dedican a delitos tan deleznable como el tráfico de drogas. Este tema fue uno de los más utilizados por quienes hicieron la campaña por el «No» en el plebiscito.

El capítulo final está dedicado a *la implementación, verificación y refrendación de los acuerdos*. Todos



A pesar del «No» en el plebiscito, es momento de unirse to

los temas anteriores son de suma importancia, pero es en este en el que se jugaba la sostenibilidad de los acuerdos. El acento está puesto en la formulación del Plan Marco para la Implementación de las políticas conducentes al establecimiento de la paz que, más allá de la dejación de armas, contiene la formulación de un plan nacional de desarrollo que cierre las enormes



se todas las fuerzas para diseñar una pedagogía para la paz en Colombia.

brechas sociales entre los colombianos que fueron las que originaron los movimientos insurgentes.

**UNA MIRADA ESPERANZADA HACIA EL FUTURO...**

A pesar del triunfo del «No» en el plebiscito, Colombia no puede dar marcha atrás en su trabajo por la paz. Coincido con algunos

analistas en que la derrota del «Sí» puede ser una oportunidad para la paz, pues lo más complejo de todo el proceso es la gestión del posconflicto y esta iba a ser muy difícil con tan poco apoyo popular y en medio de la polarización política que dejó la campaña del plebiscito.

El plan marco de implementación, en un escenario así, no hubiese podido superar los escollos parla-

mentarios y de aceptación popular para convertirse en parte del acervo jurídico colombiano y, lo que pudo ser una ilusión se convertiría en una nueva causa de frustración.

¡Los colombianos se merecen un país en paz!

Es la hora de la grandeza y de la generosidad para extender las manos y ofrecer el perdón.

Es la hora de la unión de todas las fuerzas para diseñar una pedagogía para la paz que haga posible vivir en una patria reconciliada.

Es la hora de abrir los ojos para traer a nuestra memoria los millones de víctimas que ha dejado esta guerra. Sus rostros, sus historias, sus lágrimas y su sangre derramada nos tienen que taladrar el corazón para decir: por ellos, por tanto dolor y sufrimiento, ¡nunca más!, ¡no más guerra!, ¡acuerdos ya!

Es la hora de Colombia. No dejemos que nos secuestren la ilusión y nos roben la utopía. El mañana de paz lo construiremos todos.

Hago una invitación a los colombianos para que bajen la intensidad a la dialéctica y la confrontación entre los impulsores del «Sí» y del «No» y a que tengan en el horizonte, no sus intereses personales, sino el de todas y todos los colombianos.

Con la concesión del Nobel de la Paz al presidente Santos la comunidad internacional aplaude su gestión y le demanda que no ceje en su empeño por lograrla, aunque el momento actual no sea el mejor posible.

¡Cesó la horrible noche! Como católico no puedo terminar esta reflexión sin pedir al Príncipe de la Paz, al Dios de la Misericordia que bendiga mi país con el don inestimable de la paz y que, con su ayuda, en breve estemos abriendo las puertas para contemplar un nuevo amanecer.

JAVIER CASTILLO RODRÍGUEZ, SJ